Dhampiro

María Alejo Armijo

Círculo rojo – Novela
www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: diciembre 2011

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección *Novela*

© María Alejo Armijo.

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: José Carlos Ruiz Mariscal.
Dibujo de cubierta: Laura Marín Caba
Diseño de portada: José Carlos Ruiz Mariscal
Cubiertas: © Luis Muñoz García.

ISBN: 978-84-9991-574-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

I PARTE

No tenía miedo a las dificultades: lo que la asustaba era la obligación de tener que escoger un camino…

Escoger un camino significaba abandonar otros…

Paulo Coelho

Capítulo 1

Un nuevo mundo,
Un nuevo destino

Ángela llegó a su nueva ciudad algo desilusionada. Aunque no tenía apenas amigos, le daba pena marcharse de una ciudad en la que había vivido desde los tres años. Ahora el trabajo de su padre la obligaba a vivir en una nueva urbanización homogénea y algo triste. Todas las casas eran iguales: altas, anchas y de color amarillo huevo. La joven resopló; había visto su nueva casa desde la ventanilla del coche. No le sorprendía que fuera del mismo color que las otras. El camión de la mudanza estaba en la puerta descargando los muebles. Su padre aparcó el coche en la acera de enfrente y se dirigieron hacia ella con el equipaje de mano.

−Bueno, ¡bienvenidas a nuestra nueva casa! -exclamó su padre, entrando por la puerta.

Ángela suspiró entusiasmada, no debía haber juzgado la casa por su apariencia: era de dos pisos, tal y como había imaginado, pero no habría apostado por una escalera de caracol que uniera el piso inferior con el superior. Había un amplio vestíbulo que comunicaba dos habitaciones; y, al

final, detrás de las escaleras, estaba la cocina con la despensa.

−¿Puedo subir? -preguntó Ángela a su madre, pues su padre estaba hablando con el hombre de la mudanza.

−Claro, ya que subes elije tu habitación. -contestó su madre con una amplia sonrisa.

Ángela subió entusiasmada a ver la parte de arriba de la casa. Seguía siendo enorme. Había un largo pasillo con bastantes habitaciones, con todas sus puertas abiertas, lo que favorecía la entrada de la luz solar. Cerró los ojos y disfrutó de aquel momento durante unos segundos. Aquella iluminación le gustaba demasiado como para no quedarse allí durante un tiempo. No obstante, al subir, había habido algo que le había llamado la atención de aquel largo pasillo. Todas las puertas estaban abiertas, salvo una. La del final. La joven se acercó a ella y la observó: el pomo estaba oxidado y la madera rasgada alrededor de este. No había luz detrás de la puerta, pues por la ranura asomaba una oscuridad total y una ligera brisa que hacía mover el polvo acumulado debajo de la puerta.

−Debe de haber una ventana abierta –dijo, poniendo su mano en el pomo.

−¡Ángela! -gritó su padre desde el piso de abajo, haciendo que desapareciera la calma de la joven- ¡Baja, ayúdanos con la mudanza!

Suspiró. La puerta quedaba para otro momento, ahora debía de echar una mano.

Cuando bajó vio que su padre seguía hablando con el de la mudanza. Era un hombre alto y moreno cuyo pelo se recogía en una coleta. Sus ojos marrones miraron fijamente a Ángela cuando fue presentada por su padre.

−Esta es mi hija, Ángela. Cariño este es Stuart, el director de la empresa

de la mudanza.

−Encantado, señorita. –dijo, tendiéndole la mano.

−Igualmente- murmuró la joven.

−Yo también tengo un hijo… ¡Justin! –exclamó, lanzando una mirada fuera de la casa- Nos está ayudando con esta mudanza. Ha dado la casualidad de que han venido en mitad del puente y la mayoría de mis empleados se han ido de viaje, por eso estamos faltos de personal.

−Hola, soy Justin -se presentó. Era un muchacho pelirrojo con el mismo color de ojos que Stuart.

−Hola, yo Ángela. -murmuró sonrojándose.

−Han hecho bien en comprar la casa, -dijo Stuart al padre de Ángela- a pesar de lo que digan los vecinos.

−¿Qué dicen los vecinos? -preguntó la madre de Ángela- Soy la mujer de Andy, Sara.

−Encantado, yo soy Stuart, el que dirige la empresa de las mudanzas.

−¿Qué decía de los vecinos? -preguntó Ángela.

−Esta casa pertenece a finales del siglo XVIII, aunque no lo parezca porque ha sido restaurada numerosas veces. Los primeros propietarios desaparecieron misteriosamente, nadie sabe cómo ni por qué. Aparte de la leyenda que, como ven, no es gran cosa, esta casa posee una buena estructura y es bastante estable ¿Les enseño las demás instalaciones?

−De acuerdo, pero cuénteme más de esa historia -dijo Andy mientras se iba con su mujer y Stuart, dejando a Justin y a Ángela solos.

−No sé nada más, pero puede informarse sobre eso en Internet. Hay millones de páginas sobre la historia de esta casa.- se oyó decir mientras se adentraban a ver las instalaciones.

Ángela observó que, al mencionar la historia de su nueva casa, los ojos de Justin habían adquirido un brillo especial. Algo le decía que aquel asunto era importante para él. Ya que se habían quedado solos, ¿por qué no preguntarle?

−¿Sabes algo más de lo que les pasó a los antiguos propietarios? - preguntó de forma inocente.

−Sólo sé algo más de lo que he leído en Internet, pero te puedo asegurar que no todo lo que se cuenta es verdad.

−Bueno, pero ¿qué es lo que sabes?

−Antes no existía esta urbanización, sino que sólo había una casa, ésta. Estaba totalmente rodeada de tierra seca y muerta. Durante todo el tiempo que estuvieron viviendo los primeros propietarios aquí, empezó a desaparecer gente. Nadie sabía cómo ni por qué, pero sabían que había algo extraño en aquella casa, o sea, en esta. Además los propietarios eran personas raras.

−¿Raras?

−Sí, sólo salían por la noche, y era por la noche cuando la gente desaparecía, mientras que por la mañana, la casa estaba tranquila.

−Pero, ¿no ha dicho tu padre que los propietarios desaparecieron?

−Sí. Por lo que he leído, el pueblo se percató de que las desapariciones estaban relacionadas con los propietarios y asaltaron la casa, pero no había nadie en ella.

−¿Cómo que no había nadie en la casa?

−Comprobaron toda la casa y no había nadie. Lo único que no pudieron inspeccionar fue una puerta que estaba cerrada a cal y canto. Intentaron forzarla rasgando… - el joven paró de narrar al ver la cara de Ángela.

−La madera del pomo... - tragó saliva. ¿Podría ser verdad aquella historia?- Justin, he visto esa puerta...

Ambos subieron por la escalera de caracol hasta el segundo piso. El joven no podía creer lo que iba a ver. Se había documentado todo lo que le había sido posible sobre aquella puerta y ahora iba a verla por primera vez.

−Como sea una broma no tiene ninguna gracia, ¿sabes? -dijo Justin, corriendo tras la joven por el pasillo repleto de puertas abiertas. La luz solar era muy fuerte y corría con los ojos entrecerrados.

−Tú eres el que me ha contado la historia y yo ato cabos. –dijo, señalando la puerta cerrada, sorprendida.

Justin se quedó asombrado, esa era la puerta que había visto en muchas imágenes, con el mismo pomo oxidado y astillado. Tocó su madera, estaba áspera. Luego tocó el pomo y lo giró, pero la puerta no se abrió. Intentó abrirla bruscamente. ¿Qué era lo que guardaba aquella puerta para mantenerla cerrada eternamente?

−¡Justin! -gritó su padre desde abajo- ¿qué haces? No es nuestra casa, ¡no pegues esos golpes a las puertas!

−Lo siento, papá. No volverá a pasar.

−Eso espero -dijo echándole una mirada desafiante.

−Ángela, -nombró su madre- nos vamos con el señor Stuart a por las demás cosas de la mudanza. Te quedas sola, bueno con Justin, durante un par de horas, ¿te parece bien?

−Estupendo, mamá.

−Justin, no hagas ninguna tontería mientras estamos fuera -amenazó su padre.

−No te preocupes, no lo haré -dijo con una sonrisa de oreja a oreja,

ocultando su verdadero plan. Ahora que estaban solos, nada les iba a impedir abrir la puerta.

Los de la mudanza y los padres de Ángela salieron de la casa y cerraron la puerta detrás de ellos. Tras un par de minutos en silencio y cerciorarse que se habían quedado solos, los dos jóvenes se miraron mutuamente.

−¿Hay herramientas?

−Nos acabamos de mudar, Justin. La casa está hecha un desastre, ¿cómo quieres que encontremos algo en este caos?

−Mi padre habrá traído algo, miremos abajo.

Bajaron las escaleras y buscaron entre las cajas abiertas, habitación tras habitación, pero no encontraron nada. Fueron a la cocina para buscar algo puntiagudo con lo que forzar la puerta. Ángela no había estado todavía en ella, es más, no había estado en ninguna sala de su nueva casa. Sólo había visto aquel largo pasillo y, la única estancia a la que había querido echar un vistazo, no podía hacerlo porque la puerta estaba cerrada. La cocina era un poco más pequeña de cómo se la esperaba: en el centro estaba la vitrocerámica y, encajados en la pared, el fregadero, el frigorífico y la despensa, cuya luz, por un casual, estaba encendida. Ángela se asomó y observó la habitación. A lo mejor se había quedado algún miembro de la mudanza rezagado. Era como una especie de trastero y había unas escaleras que bajaban hacia la pequeña sala. La luz no inundaba la habitación en su totalidad, pero iluminaba lo suficiente para que la joven pudiera ver un pequeño libro en el suelo de la despensa. Resopló y bajó las escaleras, mientras Justin seguía quejándose por no poder encontrar algo puntiagudo con lo que abrir la dichosa puerta. Cogió el libro y subió rápidamente. No soportaba que las cosas no estuvieran en su sitio. Le daba miedo estar ahí

abajo en la oscuridad. Desde siempre le gustaba la luz y rechazaba la oscuridad solo por miedo a lo que pudiera haber en su interior. Cuando llegó a la cocina, miró el libro. Esperaba que fuera un manual sobre cómo arreglar las cañerías, pero no fue eso lo que encontró. Era una especie de diario.

−¿Qué es eso? -preguntó Justin, perplejo.

−Creo que es un diario, parece viejo. ¿Quién lo ha puesto ahí?, ¿Los de la mudanza?

−No sé, pero, es posible, si lo has encontrado a la vista… pero ¿qué haces? No lo abras, un diario es algo privado.

−No creo que pase nada malo si lo abrimos, ¿no?

−Si viene el dueño del diario yo no quiero tener nada que ver con esto -contestó seriamente.

−No creo que venga, ¿has observado la cubierta? Es antigua, además -prosiguió leyendo- no creo que el propietario esté vivo, la fecha es de Febrero de 1902, escrito por un tal Dareth Rossely. No escribió mucho la verdad –dijo, ojeando el diario- solo hay tres páginas.

−Venga lee, lee…

Ángela comenzó a leer: "*No comprendo exactamente por qué llegué a esta casa. Siempre me han atraído los misterios y la desaparición del antiguo propietario era un misterio que no iba a dejar que se me escapara. La casa estaba deshabitada, por ello a nadie le molestó que yo me instalara en ella. Es acogedora, al menos lo era. Ahora mismo no tengo tiempo de escribir. Viene a por mí*". Justin miró a Ángela, ¿qué era lo que venía a por él? Siguió leyendo: "*Al final pude abrir la puerta del segundo piso. No fue fácil. En la habitación de la cocina había una serie de inscripciones que resultaron difíciles de descifrar. Estaban escritas en una lengua*

desconocida y muerta. ¡Pero nada es imposible para el doctor Dareth Rossely! Las inscripciones me llevaron a un compartimento secreto en el piso inferior de la casa y encontré la llave. La llave que abría la puerta del segundo piso. Oigo pasos, será mejor que me dé prisa… logré cruzar la puerta… y resolví el misterio." Ángela y Justin se miraron. *"No puedo seguir escribiendo o me verá y destruirá el diario… curioso a mí nunca me ha gustado escribir, no lo veía útil…. Y ahora escribo para salvar mi vida… Espero que Alexandra llegue a perdonarme por lo que he hecho"*. La carta acababa ahí, con una letra casi ilegible y con manchas de tinta al final de la página.

−¡Él sabía cómo abrir la puerta y lo que había en su interior! -exclamó eufórico.

−¿Pero quién era el que le perseguía? ¿qué hay detrás de la puerta?

−¿Dónde está la llave que menciona Dareth? ¿quién era esa tal Alexandra? -preguntó Justin.

−La llave, la llave…. Tiene que estar por algún sitio. Rossely dice algo de la habitación de la cocina… ¡es la despensa!

Ángela dejó el libro en el poyo de la cocina mal colocado por lo que, al soltarlo, cayó al suelo y con él una pequeña llave dorada. Los dos jóvenes se volvieron al escuchar el sonido metálico. Justin se agachó a recogerla y miró a Ángela sonriente. La llave había estado escondida entre las páginas del diario y no tendrían que perder tiempo buscando en la despensa. Era el momento de descubrir qué era lo que había detrás de la puerta. Justin miró a Ángela. Ambos pensaban lo mismo. Subieron rápidamente la escalera de caracol hasta el segundo piso y se colocaron delante de la misteriosa puerta.

−¿La abrimos? -preguntó Ángela con miedo.

−¿No es eso lo que íbamos a hacer?

La joven había cambiado de parecer al estar frente a ella. Lo que habían leído en el diario era cierto y el simple hecho de que algo los estuviera persiguiendo para acabar con ellos, tal y como había pasado con Dareth Rossely, no le agradaba en absoluto.

−Sí, pero si Rossely decía que algo lo estaba persiguiendo por haber entrado por esta puerta, no creo que debamos entrar hasta que no sepamos algo más de ella.

−Pero si no lo hacemos ahora, luego vendrán los de la mudanza y tendremos menos oportunidades, o incluso, ninguna oportunidad. Además, si estamos en lo cierto y alguno de la mudanza es el que ha dejado el diario en la despensa, cosa que dudo, habrá sido por algo. A lo mejor ese tal Dareth está en peligro.

−Di mejor que estaba en peligro, ¡llevará más de cien años muerto!

Pero Justin no hizo caso a su nueva amiga, quería saber lo que se escondía tras aquella puerta. Colocó la llave en la cerradura oxidada y la giró. Ambos se miraron al oír el clic. El muchacho colocó la mano en el pomo y lo giró.

Al abrirla los embargó un aire tan frío que les hizo estremecerse. No había una habitación detrás de la pared, tal y como esperaban, sino que, por el contrario, había un gran y oscuro bosque bañado por la espléndida luz de la luna llena. Paralelo a este, un gran camino se alzaba hacia un pueblo atormentado. Justin miró a Ángela, iba a entrar.

−No, yo no entro…

−¡Oh, vamos! ¿no tienes curiosidad por saber lo que hay?

−La curiosidad mató al gato, Justin. Además, ¿quieres entrar sabiendo que no es una habitación cualquiera y que no sabes a qué lugar del mundo lleva?... Si se puede llamar eso algún lugar del mundo -acabó

Ángela, echándole un vistazo al interior, completamente asustada.

−Algo me dice que tengo que entrar, Ángela –dijo, traspasando el umbral de la puerta.

Ángela miró hacia la entrada. Sus padres y los de la mudanza aún iban a tardar. Cambió la dirección de la mirada hacia aquel oscuro paraje, no podía dejar a Justin sólo. Resopló:

−Y eso que sólo lo conozco desde hace menos de una hora –dijo, atravesando el umbral tras él.

Detrás de la puerta, el suelo era pedregoso y húmedo. Hacía poco que había llovido. Los dos jóvenes caminaron entre los árboles. Ángela tenía miedo, ¿qué era aquel panorama? Al final del bosque había un camino de tierra que llegaba hasta un pequeño y oscuro pueblo. A lo mejor allí sabían lo que había pasado y por qué aquella puerta de la casa de Ángela conducía a ese misterioso mundo.

−¿Por qué crees que hay esto detrás de la puerta? -preguntó Ángela, mirando a su alrededor por si alguien la seguía. No le gustaba estar allí.

−No lo sé, pero si los propietarios de la casa desaparecieron, lo más seguro es que hubieran tenido alguna relación con este lugar. El porqué de la puerta no lo sé. Pero, a lo mejor en el pueblo saben algo de todo este asunto.

Mientras caminaban el cielo se ennegreció y comenzó a diluviar. Aligeraron el paso.

−Verás cuando vea mi madre la ropa, me va a echar una regañina… -dijo Ángela que cada vez le costaba más trabajo andar.

−No creo que le importe mucho, más le molestará tus pies llenos de barro

-dijo Justin con una amplia sonrisa.

−¡Uy! Pues no le va a hacer mucha gracia, y además yo tampoco se la veo. ¿Qué crees que dirá tu madre de todo esto?

Hubo un silencio absoluto antes de que Justin respondiera a la pregunta.

−Mi madre murió cuando yo era pequeño, desde siempre me ha estado cuidando mi padre.

−Lo siento… -dijo, mordiéndose el labio. No debía haber preguntado- ¿Qué pasó?

−Iba a trabajar, a vender una de las casas de la nueva urbanización… un camión se desvió de su ruta y, bueno… no hace falta que siga, ¿no? -dijo con los ojos acuosos.

−Justin, yo…

−¿¡Qué hacen esos niños ahí fuera!? -gritó una voz desde lo alto.

Justin y Ángela se pararon en seco y observaron a su alrededor. Sin haberse dado cuenta habían llegado al pueblo más rápido de lo previsto. Alzaron la mirada para ver de dónde provenía la voz. Había una mujer regordeta asomada a una de las ventanas y con ella más vecinos en más casas del pueblo.

−¡No os dais cuenta de la hora que es! -gritó, esta vez, un hombre.

−Pobrecillos… -murmuró otra.

−¡Será mejor que os resguardéis niños, ya están aquí!

−Disculpe señora -dijo Justin- ¿Quiénes vienen?

La mujer miró al horizonte y lanzó un grito ahogado de terror. Con sus manos temblorosas cerró bruscamente la ventana, al igual que los otros vecinos. Algo se acercaba hacia ellos. No tardaría en llegar. Ángela miró a Justin, también estaba asustado. ¿Quién les mandaría meterse por aquella

puerta? El galope de caballos era cada vez más nítido.

−Justin…. -murmuró temblorosa Ángela, cogiéndole la mano.

−Hagamos lo que ha dicho esa señora-dijo con la respiración acelerada.

Sin soltarle la mano a su amiga, Justin corrió con todas sus fuerzas hacia lo alto del pueblo por el camino que ya había dejado de estar marcado por la intensa lluvia. La lluvia no le dejaba ver bien y su respiración era cada vez más acelerada. El trote de los caballos se iba aminorando.

−¿A dónde vamos? -preguntó Ángela que corría ciegamente detrás de Justin.

Se pararon en seco. Debían pensar dónde esconderse fuera lo que fuese lo que se acercaba. Miró a su alrededor para encontrar algún refugio, pero todas las puertas estaban selladas con tablones de madera de más de diez centímetros de grosor. Parecía que la gente del pueblo sabía claramente lo que se le avecinaba. El galopar de los caballos cada vez se oía con mayor claridad. Su respiración se aceleró aún más. Ángela miró a su alrededor sin soltar la mano de Justin. No había ningún sitio en el que poder resguardarse. Vieron unas sombras que se acercaban hacia ellos, pero la intensa lluvia no les dejaba ver bien. Con más velocidad de la que hubieran sido capaces de reaccionar, las dos sombras se abalanzaron sobre ellos y los arrastraron hacia el callejón más cercano.

−¿Qué hacéis? ¡Soltadnos! -gritó Ángela.

−¡Shhh!- susurró una de las dos sombras que los habían apresado.- Se acercan…

−¿Alguien me quiere explicar lo que pasa? -gritó Justin- ¿Quién se acerca?

−No hay tiempo para explicarlo, Justin, debéis tranquilizaros. Los vampiros captan con más facilidad el nerviosismo de las personas.

−¿Vam-vampiros?

−Así es, señorita. -afirmó- Los oigo. Se acercan. Es necesario que respiréis con normalidad si queréis conservar la vida.

¿Respirar con normalidad?, ¿cómo quería que lo hicieran? El galope era cada vez más nítido. Ángela cerró los ojos y se concentró en su respiración. Se acercaban. Justin hizo lo mismo y se tapó los oídos. Comenzó a escuchar su propia respiración. No oía nada aparte del aire que entraba y salía de sus pulmones y unas tripas que rugían por comer algo. Sonrió con nerviosismo, no era el momento de pensar en eso. El galope era cada vez más fuerte. Ángela no podía controlar enteramente su respiración, y se puso nerviosa. Si no controlaba su respiración, según aquella misteriosa sombra, no volvería a ver a sus padres, ni a Justin. En ese momento en el que creía que estaba perdida, notó que algo la abrazaba y le daba una inmensa tranquilidad. Su respiración comenzó a regularse. Por el contrario, Justin no podía controlar los ruidos de su estómago que le causaban una risa tonta, más por miedo que por risa. Decidió quitarse los dedos de los oídos para desviar su atención hacia otros sitios. Lentamente, comenzó a controlar su respiración.

De repente, los caballos que los estaban persiguiendo, pasaron por la calle del pueblo a un par de metros de ellos. Entre la densa lluvia y la velocidad que llevaban, su figura no estaba completamente definida. En cada caballo había un jinete vestido con una armadura negra. Su pelo estaba completamente mojado por la lluvia, pero se podía apreciar que era largo y que estaba recogido en una coleta. Los caballos no dejaban de pasar a su alrededor, o se dirigían a un punto fijo o se preparaban para realizar un ataque. Repentinamente, se pararon y se colocaron en posición militar. Ángela respiraba con normalidad, aun estando rodeada por esos misteriosos

brazos que le impregnaban seguridad. Justin había logrado distraerse con el sonido del galope de los caballos, pero le costaba trabajo mantener una respiración regular. *Justin, contrólate*, se dijo a sí mismo.

−Hoy -gritó el jefe de la cuadrilla de caballos- es el día que llevamos esperando durante años. Hoy es el día en el que el mundo de los vampiros saldrá a la luz, - hizo una pausa- aunque técnicamente no podamos hacerlo.

Hubo risas entre todos los jinetes. Tras el breve discurso, continuaron su camino hacia lo alto del pueblo. Transcurrieron varios minutos hasta que hubieron pasado todos los caballos. Los brazos que rodeaban a Ángela fueron lentamente moviéndose hasta soltarla por completo haciendo que su respiración volviera a ser irregular, al igual que la de Justin.

La lluvia había disminuido su intensidad y les permitía ver las caras de sus "salvadores".

−¿Papá? -preguntó asombrado Justin, viendo a la persona que estaba detrás de Ángela.

−¿Señor Stuart?, ¿qué hace aquí? -preguntó la joven, retrocediendo hacia Justin.

−No quería que vinieras. Te dije expresamente que no hicieras tonterías –dijo, asomándose a la calle por la que minutos antes habían pasado cientos de caballos.

−No creía que entre tus tonterías estuviera: "No adentrarte por la puerta de la casa de Ángela" –explicó enfadado su hijo.

−Creía que no debería de especificar…

−Señor Stuart, ¿qué hace aquí?

−Este es el mundo al que pertenecía tu madre. -le explicó a su hijo- Su

padre no pudo acabar con la tarea de asesinar a Trex, al que has oído hablar esta noche. Tu madre debía de acabar con él, pero…

–No murió en un accidente de tráfico, ¿verdad?

– No, no fue así. Tu madre fue a tu casa, Ángela, a terminar con su cometido, pero el destino quiso ponerse en contra de Alexandra.

–¿Por qué no me lo dijiste? -preguntó sollozando Justin- Lo habría entendido.

–Cariño, tenías cinco años. ¿Crees que entenderías que tu madre fue asesinada por un vampiro por ser ella uno de los dhampiros más importantes de este mundo?

–¿Dhampiro? -preguntó Ángela.

–Persona que ha nacido de la unión de un vampiro y de un mortal -le explicó la segunda sombra al oído. Ángela se giró, era una mujer alta con el pelo recogido en millones de trenzas pequeñas.

–Tenía que esperar a que crecieras para poder encargarte lo que debo encargarte ahora… - respiró profundamente- Presta mucha atención, Justin: si un dhampiro no cumple con su cometido, esto es, matar al vampiro que lo engendró, la responsabilidad recae sobre la siguiente generación. El padre de tu madre, Dareth Rossely, fracasó, y la responsabilidad recayó sobre Alexandra, tu madre. Como no tenía la suficiente edad para enfrentarse a él, tuvo que aguardar varios años. Durante esos años naciste tú, por lo que tu madre se quiso mantener alejada todo lo posible de Trex para no ponerte en peligro. Pero él la encontró, y acabó con ella. Ahora recae sobre ti toda esa responsabilidad que no pudieron cumplir tus antepasados.

Justin no entendía nada…

−Pero si no querías que viniera aún, ¿por qué dejaste el diario en la despensa?

−¿Qué diario?

−El diario de Dareth Rossely -explicó Ángela- gracias a él conseguimos atravesar la puerta. Creíamos que lo había dejado alguno de la mudanza.

−Que yo sepa -dijo, esta vez, la mujer- Rossely no escribiría un diario que diera a conocer este mundo.

−Pues lo escribió, dijo que quería resolver el misterio del antiguo propietario…

−Alto, alto; –dijo Stuart levantando la mano para indicar que se callaran- ¿estáis diciendo que Dareth Rossely escribió un diario diciendo que le intrigaba la desaparición del propietario?

Ambos jóvenes asintieron. El señor Stuart comenzó a andar alrededor de ellos. Justin no podía creer lo que acababa de decirle su padre. Siempre había creído que su madre había muerto en un accidente de tráfico, y ahora resultaba que no era verdad. Ese tal Trex era el asesino de su madre y de Rossely, al que Justin había dejado a un lado cuando terminó de leer el diario. No esperaba que fuera alguien de su familia. Pensaba que se reducía simplemente a su padre y él. Sólo ellos, y resultaba que no era así. Pertenecía a una generación de dhampiros y, por lo que contaba su padre, muy importante. Si Rossely era un dhampiro y sabía cuál era su cometido, ¿por qué había dudado escribiendo el diario? Su respiración comenzó a ser irregular.

Ángela, por el contrario, desde el primer momento que vio a Stuart, sabía que había algo raro en él, pero, ¿cómo había llegado a ese mundo si no era

por la puerta?

−No tiene ningún sentido -interrumpió los pensamientos de todos la joven del pelo trenzado.

−No, absolutamente ningún sentido, Nalí -dijo Stuart. Miró a su hijo- Justin, tranquilízate por favor.

−Papá, acabo de descubrir un mundo dominado por vampiros detrás de una puerta, me dices que mi madre fue asesinada por un vampiro, que yo tengo que acabar con él, ¿y quieres que me tranquilice? –preguntó muy histérico.

−Debes hacerlo. -contestó su padre tranquilamente- No puedes permitir que el miedo te pueda, Justin. Aunque los jinetes estén lejos aún pueden localizarnos. Yo no quería que sucediera esto, pero tarde o temprano debía de pasar. El destino nos juega siempre malas pasadas.

−Y parece que aún le queda otra por jugar-gritó una quinta voz desconocida.

La calle estaba repleta de vampiros que los miraban con ojos sedientos. Esta vez no había caballos, por eso no los habían oído llegar. El líder del grupo los miró desafiante. Primero a los dos muchachos, algo extrañado, luego a la mujer y por último a Stuart. Parecía que era muy conocido en ese mundo. El vampiro sonrió dejando a la vista sus colmillos bien afilados y completamente blancos. Su pelo, al contrario que todos los vampiros que lo llevaban recogido en una coleta, era corto, y sus labios, finos y elegantes, comenzaron a moverse:

−Te esperábamos, Stuart. Creía que no te ibas a dignar a venir.

−Lamento haberte desilusionado, Neth.

−No, a mí no me has desilusionado. -negó con una amplia sonrisa.- Es

más, me alegra que estés aquí –continuó, cogiéndole por el hombro y separándolo del resto del grupo-. El que debía de desilusionarse es tu hijo, Justin.

−¿Yo?, ¿por qué?

−¡Oh!, ¿acaso no lo sabes? -exclamó con sarcasmo, girando bruscamente su mirada hacia el joven- ¿o es que tu padre no te lo ha contado? -esta vez miró a Stuart que estaba cabizbaja- ¡Qué decepción!

Ángela estaba asustada y su respiración comenzó a ser irregular. Las manos de Nalí se apoyaron en sus hombros con total tranquilidad mientras seguía la conversación.

−Alexandra ha sido fuerte durante todos estos años, Stuart. Se alegrará de verte.

−¿Mi madre?... ¿pero no dijiste que estaba muerta? -preguntó Justin asombrado.

−Exactamente está muerta y no lo está. Al igual que tu padre -hizo una pausa- Mira Justin, -dijo, acercándose a él y reduciéndose a su altura- este mundo está habitado por todas aquellas personas que han sido asesinadas por un vampiro. Observa el cuello de tu padre, ¿qué es lo que ves?

Justin se acercó a su padre con miedo. Sabía lo que se iba a encontrar: había dos agujeros separados entre sí y algo profundos en su cuello. No podía ser verdad. El joven empezó a temblar, ¿qué es lo que había pasado?

Ángela empezó a entender. Aunque no le agradaba la idea, así era como el señor Stuart había llegado al mundo de los vampiros, y todos los del pueblo eran los que habían desaparecido durante décadas en su mundo.

−Me encanta que la gente entienda lo que ocurre a su alrededor -continuó

Neth-. El problema estaba en que yo sabía que tu existías -le dijo a Justin- y sabía que debía de traerte de alguna manera a este mundo. ¡Fue muy fácil dejar el diario en "la habitación de la cocina" y mucho más fácil fingir ser Rossely!

–¿Tú dejaste el diario en la despensa? -preguntó Ángela.

–Despensa, habitación de la cocina… ¿qué más da? Lo importante es que no fue por gusto propio, sino que fue por órdenes de un cargo más alto que quería tenerte controlado, Justin.

Un silencio profundo los recorrió. Justin estaba paralizado, había recibido mucha información de golpe y en poco tiempo. Al salir su padre de la casa de Ángela, Neth lo había atacado y… traído a este mundo. Un mundo donde van los que son asesinados por un vampiro, y su padre era uno de ellos.

–¿Alguien se está poniendo nerviosa? -preguntó Neth con los ojos brillantes mirando a Ángela.

–No la metas en esto, Neth -dijo Stuart- ¿A qué has venido?

–¿No es obvio?- preguntó sarcásticamente- Tu mujer te espera, Stuart, será mejor que no la hagas esperar…

Stuart miró de reojo a Nalí. Ella afirmó, lentamente, con la cabeza, y agarró con fuerza a Ángela. Justin notó los brazos de su padre en sus hombros.

–Lamento que también estés aquí, Nalí. No hay nada en contra de ti, pero el mero hecho de ayudarlos ya acarrea un peligro para Trex y para mí, por supuesto.

Se volvió para mirar a Nalí, pero allí no había nadie. Sus ojos comenzaron a temblar, ¿qué diría Trex de todo esto? Algunos de los vampiros se separaron del grupo y bajaron por el camino que atravesaba el pueblo. Neth se quedó, junto con otros vampiros, al lado de Stuart y Justin.

−No te preocupes, hijo -susurró Stuart, aferrando con más intensidad a Justin, mientras que Neth se acercaba a ellos paulatinamente- Todo va a salir bien.

−Espero que no escapen, por vuestro bien -le amenazó Neth, sacudiéndole el flequillo a Justin.

Ángela notaba cómo su cuerpo se balanceaba a medida que Nalí corría cada vez más rápido a través del bosque. Mientras avanzaban, un sonido agudo los envolvió. Ángela percibió un dolor punzante en sus costillas, Nalí la había agarrado más fuerte y había aumentado la velocidad. Algo las perseguía. Sin darse cuenta de lo que tenía delante, la joven no logró apartar la cabeza justo a tiempo y se golpeó con un árbol, quedándose inconsciente.

Capítulo 11

De vuelta a la realidad

Muy despacio, Ángela abrió los ojos. Al principio no veía con claridad, había demasiada luz y estaba borroso. Después descubrió que estaba sobre un suelo de madera y que su madre la miraba atónita. Miró a su alrededor extrañada: estaba en su casa, al pie de las escaleras. Se levantó algo mareada con la ayuda de su madre y descubrió que le dolía fuertemente la cabeza.

−¿Qué ha pasado? –preguntó insegura.

−Te caíste por la escalera, ¿no lo recuerdas? –contestó, observándole el chichón de la frente- El señor Stuart, tu padre y yo fuimos a por las demás cosas de la mudanza…

−¿Dónde está Justin?, ¿y su padre? -preguntó, al recordar vagamente lo que había pasado.

−Han tenido que marcharse -contestó su madre tristemente- por lo visto ha habido un problema con la familia.

−¿Con la familia? -volvió a preguntar, tensa.

−Así es, estábamos saliendo de la puerta cuando el señor Stuart recibió

una llamada urgente. Llamó a Justin y se fueron los dos en el coche. Estábamos conociendo a la subdirectora de mudanzas, cuando oímos un ruido y te vimos en el suelo. ¿Te caíste por las escaleras? -preguntó su madre, despejándole la frente sudorosa.

–Supongo…

Todo lo que había pasado: lo del diario, la puerta abierta, el mundo paralelo, los vampiros, la muerte del padre de Justin… ¿había sido un sueño? Podía haberlo soñado en el momento en el que había estado inconsciente, pero ¿cuánto tiempo había sido eso? De repente, una mujer alta, con el pelo completamente lleno de trenzas, entró en la casa. Vestía el mono de la mudanza.

–¿Todo bien aquí dentro? -preguntó con una triste sonrisa.

–¿Nalí?

–Sí, parece que todo está controlado. -dijo Sara- Se cayó por las escaleras. Lo que me preocupa es este chichón, se hará más grande si no le ponemos hielo.

–¿Qué ha pasado? -preguntó Andy, entrando bruscamente en la casa. Se agachó delante de su hija y la observó de arriba abajo- ¿cómo te has caído?

–Yo, no sé… No me acuerdo…

–Su mujer tiene razón -dijo la mujer del pelo trenzado- es mejor que le pongamos algo de hielo en ese chichón.

–Sí, será lo mejor. ¿Tiene hielo en alguno de sus camiones, o algún refresco? -preguntó el padre de Ángela.

–Sí, acompáñenme.

Ángela se incorporó con la ayuda de sus padres. Estaba desconcertada, ¿qué

había pasado?

Otra persona entró en el vestíbulo y le comentó algo a la subdirectora. Ángela no lo pudo oír bien, le dolía la cabeza demasiado para pensar. Tendría que ser algo de la mudanza. La mujer del pelo trenzado se giró y comentó sonriente hacia los señores:

–Parece que hay un problema en el segundo piso. Si me permiten, le daré algo de hielo a Ángela para que se lo ponga en el chichón, mientras que ustedes inspeccionan, con mi ayudante, -dijo, señalando al hombre que acababa de entrar-la parte superior.

Sara le examinó la cabeza a Ángela. El chichón se había rebajado bastante y, en su lugar, había un enorme cardenal negro.

–Bueno, no creo que haya ningún problema en dejarte sola unos minutos más. Parece que se te ha bajado la hinchazón. Ten cuidado mientras vamos a ver lo que pasa en el piso de arriba –dijo, dándole un beso en la frente, lo que hizo que Ángela se encogiera- Lo siento…

–¿Seguro que estarás bien? -preguntó el padre de Ángela, dudando en dejarla sola de nuevo.

Pero no fue Ángela la que contestó.

–Seguro que estará bien, Andy -dijo la subdirectora de mudanzas. La abarcó con sus brazos y la dirigió hacia la puerta- Dentro de un momento estaremos con ustedes… -miró a su ayudante- Acompáñalos.

Mientras Andy y Sara seguían al ayudante, la subdirectora y Ángela caminaron hacia la puerta de la casa. La joven estaba nerviosa y ansiosa. No sabía que estaba pasando. Miró a la mujer que la acompañaba, no podía ser ella. Parecía que había otras prioridades, como los "problemas" del segundo piso, que saber qué había pasado con Justin y su padre. Ángela recordó

cómo se había sentido al estar en presencia de Neth. Era una sensación que no iba a olvidar nunca, era una sensación demasiado fuerte para que fuera un sueño. Una pesadilla. Se tocó instintivamente el cuello.

−¿Te has hecho daño, querida? -preguntó la subdirectora, sorprendida.

−No…

Definitivamente ésa no podía ser Nalí. La única razón por la que se había tocado el cuello era para ver si había en él dos profundos agujeros que le indicaran que no había sobrevivido en aquel mundo repleto de vampiros. Al escuchar la reacción de la subdirectora, razonó que todo lo que había vivido era una pesadilla, una horrible pesadilla que no quería volver a tener.

Salieron fuera, mientras los empleados cogían los muebles de la antigua casa de Ángela y los colocaban en su nuevo hogar. La subdirectora la llevó al camión de la otra acera y llamó a la puerta cerrada del mismo esperando una respuesta mientras miraba a Ángela con una sonrisa en sus labios. No era una sonrisa de alegría…

La puerta del camión se abrió y de él salió otro empleado de la mudanza. No iba vestido como los demás -con mono azul- sino que llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca. Tenía el pelo corto y era moreno. Sus ojos marrones miraron a Ángela y luego a la subdirectora algo enfadado.

−¿Qué pasa? -preguntó algo arisco.

−Se dio un golpe, necesita algo de hielo.

El joven resopló y desapareció en la oscuridad del camión para volver segundos después con una bolsa de plástico repleta de hielo. Se la ofreció a Ángela que la tomó sin rechistar y se la colocó en el chichón. Se volvió a encoger con el roce del frío en su piel dolorida. El joven seguía en silencio.

La subdirectora se aclaró la garganta para hablar…

−¡Te dije que no fueras! -exclamó furioso.

−No me hables en ese tono, John. -dijo sin perder la compostura la mujer- No había otra opción.

El joven saltó del camión y se colocó a su lado.

−Siempre hay otra opción, Nalí. Siempre hay otra opción.

−¿Nalí? -preguntó de nuevo Ángela.

La mujer la miró con ojos tiernos, mientras que el hombre miraba hacia el suelo. Ángela comprendió en realidad lo que pasaba. Justin y su padre no se habían ido debido a una emergencia familiar, se habían quedado en aquel mundo. Abandonados. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven. Los vampiros realmente existían y estaban con sus amigos. Soltó la bolsa de hielo y se agarró la cabeza con las dos manos. Le iba a estallar. El joven la cogió y la sentó en la parte trasera del camión.

−Ángela, tranquilízate. No pasa nada. Estamos aquí contigo.

−¿Eres Nalí, verdad? -la mujer asintió- ¿Por qué me has mentido ahí dentro?, ¿por qué me has dicho que todos estaban bien?

−Porque todos están bien, por ahora -contestó John.

−¿Por ahora?

−Ángela, escúchame -rogó Nalí- Stuart me pidió que te sacara de allí. Si nos quedábamos, tú y yo habríamos muerto. No lo dudes ni un solo momento.

−Pero dejaste a Justin solo…

−Está con su padre, no le pasará nada malo. -interrumpió de nuevo John.

Ángela lo ignoró, frustrada.

−¿Por qué no nos llevaste a los dos?

−Solo podía cargar con uno. Y -sonrió de forma forzada- ¿no crees que tus padres se hubieran preocupado más de no ser tú, sino Justin el que hubiera entrado por la puerta?

La joven guardó silencio. Era verdad que sus padres se hubieran preocupado si hubiera sido Justin el que hubiera venido en lugar de ella. Era algo tranquilizador saber que estaba con su familia y que no le iba a pasar nada… por el momento. Pero ¿qué pasaría con Justin?, ¿dónde estaba?, ¿estaba tan a salvo como ella? Se sintió mal por haber pensado, sólo por un segundo, que se alegraba de estar con los suyos, en un lugar seguro.

−¿Qué vamos a hacer? -preguntó John- No podemos ir así como así…

−Tampoco podemos quedarnos con los brazos cruzados. No podemos dejar a Justin en manos de Trex.

−No, no podemos. -el joven suspiró sofocado- Lo único que podemos hacer es esperar un movimiento del enemigo, así podemos planificar el ataque.

−No creo que debamos esperar tanto, John. -dijo Nalí cogiendo el hielo del suelo y dándoselo a Ángela.

−Tampoco debemos precipitarnos…

−¿Alguien me puede explicar que está pasando? -preguntó Ángela.

−Oíste lo que Stuart le dijo a Justin en el callejón, ¿no? -Ángela asintió- pues bien, eso no es todo. Si un dhampiro no mata al vampiro que lo engendró, esta… llamémosle obligación, pasa a la siguiente generación. En este caso, hasta llegar a Justin. Si un dhampiro no conoce exactamente su cometido, puede ser un problema…

−¿Un problema?

−A veces sucede que el dhampiro no sabe cuál es su cometido. Si está

haciendo lo correcto o no -explicó John- Resumiendo, no sabe si los buenos son los buenos o los malos son los malos.

–Pero Justin sabrá quién es quién, ¿no? Está su padre para que le guíe…

–Ahí está el *quid* de la cuestión. -continuó John- Ahora mismo, Justin se siente… traicionado en relación a su padre. Piensa que le ha ocultado muchas cosas y ahora las ha sabido por otra persona que no conoce y… que es muy peligrosa. Pero aun así, le ha dicho toda la verdad.

–No te pongas de su parte -susurró Ángela.

–No estoy de su parte, solo te hago la misma pregunta que Trex le hará a Justin. Quiero que pienses en esto: ¿en quién confiarías tú más: en una persona que te ha tenido "engañada" durante toda tu vida, o en otra que te ha contado todo sobre tu familia e incluso te da una solución respecto a la situación que te encuentras?

–¿Qué solución?

–Eso no lo sabemos, Ángela -dijo, esta vez, Nalí- solo Trex sabe lo que le va a decir en ese momento, depende de lo que le convenga.

Ángela se quedó callada durante unos segundos. Había asimilado mucha información de golpe. Había demasiadas cosas que no lograba entender…

–Tengo dos preguntas para resolver todas las dudas que tengo.

–Adelante, plantéalas -sugirió Nalí.

–Neth solo dijo que a ese mundo se podía acceder si te mordía un vampiro. Nosotros entramos por la puerta del segundo piso, pero, ¿y tú? -le preguntó a Nalí- No pudiste entrar por la puerta porque estaba atrancada y además te conocía…

–Bien. Como tú has dicho, solo se puede acceder al mundo de Trex si te muerde un vampiro, si te mata un vampiro -rectificó-. Justin y tú

entrasteis por la puerta. Hay personas en ese mundo que no han accedido a él por ninguno de estos dos modos… como es mi caso y el de John. Poseemos una especie de "don". Este consiste en poder viajar del mundo de Trex al tuyo, Ángela.

−Entonces, ¿sois brujos?

−No exactamente -contestó sonriente John-. Somos hermanos, no brujos. Como ha dicho Nalí, tenemos un don, una especie de característica que nos hace diferentes a los demás pero especiales para Trex. Dado que somos los únicos que podemos pasar de un mundo a otro. -el hermano de Nalí aguardó en silencio durante unos segundos- La puerta… ¡la puerta fue la causa de que alguien viniera a este mundo y matara a Stuart! Cuando abristeis la puerta para entrar, alguien salió…

La joven permaneció en silencio. Ellos habían tenido la culpa de todo. Al haber abierto la puerta, alguien había salido. Ángela se estremeció, ¿había vuelto a su mundo?, ¿y si no fuera así? A lo mejor estaba haciendo estragos por la ciudad, matando inocentes y llenando el otro mundo. Apretó los dientes para evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

Nalí resopló preocupada antes de hablar:

−Debemos hacer algo. Hay que organizar a la Resistencia, tanto en este mundo como en el de Trex. Esa criatura que mató a Stuart puede estar suelta por aquí. Hay que pararla.

−¿Pararla? -repitió John algo sofocado- Aquí sólo somos dos.

Ángela tragó saliva.

−Tres. Somos tres, John.

Capítulo III

La entrevista

Max estaba en su casa ayudando a su esposa Jessica a preparar la cena. Los padres de su mujer estaban sentados hablando pausadamente de todos los problemas que les rondaban. Max era un hombre alto y fornido. Su pelo corto era castaño y unas gotas de sudor, que eran causadas por el vapor que desprendía la olla de la cocina, caían sobre sus cejas oscuras haciendo que entrecerrara sus ojos azules. Hacía cuatro años que Max se había casado con Jessica. También era una mujer alta y esbelta, de pelo rubio y largo, recogido en una coleta. No vivían tiempos especialmente buenos, y eso se dejaba ver en la casa.

Jessica estaba partiendo la verdura con el cuchillo mientras que su marido le daba vueltas a la comida de la olla. De repente, paró de cortar. Miró a Max nerviosa, le temblaban las manos. El hombre la miró al oír que el cuchillo caía al suelo bruscamente. Conocía esa expresión, no era la primera vez que la veía. Dejó la cuchara metida en la olla, le cogió las manos temblorosas a su esposa y la miró a los ojos. Estaban acuosos. Jessica comenzó a respirar entrecortadamente.

−Tranquila -susurró Max- ¿Dónde está Rebeca?

−Ju-jugando en el salón con los abuelos.

Max, sin soltarle las manos a su mujer, se dirigió al salón. Su hija no tenía apenas tres años y aún le costaba andar. Estaba sentada en el suelo jugando con su muñeca de trapo. Max se acercó a ella y la elevó hasta su altura. Miró a sus suegros desesperado, y ambos se levantaron de inmediato al ver cuál era la expresión en su rostro. Max abrazó a su hija con intensidad y se la entregó a Jessica. Los cinco se dirigieron a la habitación contigua; allí, la abuela de Rebeca levantó la alfombra y descubrió una trampilla de madera, donde se fueron metiendo uno a uno. Jessica fue la última en entrar con Rebeca en los brazos.

−No puedo dejarte aquí, Max. -dijo con voz temblorosa.

−Tienes que hacerlo -respondió mientras le acariciaba la mejilla.- Cuida de ella -miró a su hija sonriente y le dio un beso en la frente, a lo cual la niña comenzó a reír fuertemente.

−Shh…

−No creo que os pase nada, solo me quieren a mí. -tragó saliva y miró a los padres de Jessica que miraban desesperados desde la trampilla- Seguid el túnel hasta salir de la casa y del pueblo. Juntaros con los otros miembros de la Resistencia.

Jessica comenzó a temblar.

−Están aquí…

−¡Tenéis que iros! -exclamó en voz baja. Le dio un beso a su mujer y la deslizó por la trampilla- No te preocupes, estaré bien… -pero Max no estaba del todo seguro.

−Ten cuidado por favor…

−No te preocupes… ¡Cuídala! -dijo mientras cerraba la trampilla y colocaba de nuevo la alfombrilla encima. Colocó la mesa también encima de la alfombra para disimularla.

Respiró hondo y volvió lentamente a la cocina. Cogió el cuchillo para continuar la tarea de su esposa. Era una noche muy fría y los cristales estaban empañados. Tras un par de minutos de absoluto silencio, la puerta se abrió bruscamente, lo cual hizo que Max sintiera un escalofrío. El hombre se dirigió a ella cauteloso y miró fuera. Esperaba a alguien, pero la calle estaba totalmente vacía y oscura. Era una noche sin luna y, pese a que había dejado de llover, había una nubosidad abundante. Intentó relajarse cuando cerró la puerta. A lo mejor había sido un *presentimiento* falso de Jessica. No, ella nunca se equivocaba cuando se trataba de eso. En el momento en el que se volvió para cocinar, una mano fría lo agarró por el hombro deteniéndole. Max respiraba de forma tranquila.

−Me alegro de verte, Max. -dijo el hombre.

−Hace mucho que no te pasabas por aquí, Neth. ¿Qué buscas?

−¿¡Cómo!? ¿Acaso no lo sabes? -el vampiro salió de la oscuridad y se dirigió hacia la olla caliente. Otros dos vampiros salieron detrás de él y agarraron a Max para que no huyera- ¿Cocinas?... No sabía de tus dotes culinarias, Max. Cada día me sorprendes más -le miró con las pupilas dilatadas de excitación- ¿Toda esta comida para ti solo?

−Tengo bastante hambre, Neth-se apresuró a decir -No es ningún delito tener hambre…

−No, claro que no… -contestó con una amplia sonrisa- ¡lo sé yo mejor que nadie! Pero estaba pensando… ¿dónde está Jess?

−Jessica -rectificó algo enojado.

−¡Oh, perdón! ¿Y Jessica?, supongo que te ha ayudado a preparar la comida.

−Se fue hace dos horas. No sé dónde está.

Neth no contestó. Dio una vuelta por la casa dejando a sus dos guardias con Max en la puerta de la cocina. Buscaba algo. Buscaba a Jessica. Al cabo de unos minutos, Max oyó que se caía bruscamente al suelo una mesa de madera. Se le heló el rostro. Los guardias le obligaron a caminar hacia donde se había oído el ruido. Max observó nervioso a Neth delante de la trampilla del suelo. Su respiración comenzó a acelerarse. El vampiro lo miraba victorioso y sonriente.

−Mientes muy mal, Max. -dijo mientras se acercaba a él rápidamente- Tendré que enseñarte. -lo cogió por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la puerta de la calle mientras daba órdenes a sus guardias- Quemad la casa. Ese túnel es demasiado largo, no habrán podido salir a tiempo. Comenzad por ahí.

−¡No! -gritó Max con espanto. Neth tenía razón, no habían podido salir en tan poco tiempo… morirían- por favor, Neth… ya me tienes. No tienes por qué hacer esto.

Salieron de la casa bruscamente. Max observó cómo su hogar ardía poco a poco. Pensó en su familia… la había perdido, no habían podido salir a tiempo. El hombre comenzó a jadear antes de que Neth acabara la conversación.

−No me vengas con súplicas, Max. -lo obligó a subir al caballo y, luego, se acomodó él. Cogió las riendas y las agitó-. Trex quiere verte.

El nuevo mundo que había conocido Justin era completamente aterrador.

Los vampiros lo dominaban y mataban a personas de la Tierra para habitarlo. La primera vez que Justin había visto a estas personas estaban muy asustadas. Claro que no sabía en dónde se había metido. Miró a su padre, mientras subían a pie con una velocidad razonable la cuesta en dirección al castillo de Trex. Solo miraba hacia el frente. El joven comenzó a respirar profundamente, se sentía defraudado y engañado. Había estado viviendo con su padre desde siempre, lo normal hubiera sido que, durante ese tiempo, le hubiese estado preparando para lo que le esperaba. Aquello que ahora se había encontrado en un par de minutos y a lo que debía enfrentarse sin estar preparado. ¿Qué es lo que tenía que hacer?

Luego estaba el tema de Alexandra, su madre. Su padre le había dicho que había muerto en un accidente de tráfico y no era verdad. Ese tal Trex la había matado… no, la había traído a este mundo. Al igual que su padre. Justin miró los dos agujeros que tenía en la garganta. Su padre también estaba muerto. Su madre y su padre… ¿qué iba a pasar después, después de todo? El joven sintió miedo; iba a estar completamente solo. Stuart notó la preocupación de su hijo. Le agarró por los hombros en señal de protección, pero él lo rechazó.

−Justin, ¿qué te pasa? -susurró su padre.

−Es una pregunta muy inteligente, papá. -contestó, enfadado- Ahora no es el momento de hablar.

Su padre calló. Comprendía por qué su hijo le contestaba de esa forma, pero no era el momento de explicarle todo lo que debía saber.

−A lo mejor no hay otro momento, Justin. No digo tampoco que este sea el mejor, pero ahora te tendrás que enfrentar a Trex. -Stuart calló al ver a uno de los guardias que los acompañaban girarse hacia ellos. Cuando

recobró su posición, se volvió hacia su hijo- Quiero que tengas en cuenta que Trex es el ser más despiadado y malvado de todos los tiempos, no dejes que te venza con juegos mentales…. Te hará elegir…

−¿Elegir, entre qué? -preguntó Justin algo borde.

Su padre ignoró su tono y le contestó educadamente.

−Te hará elegir entre él y nosotros.

−¿Nosotros?

−Sí, tu madre, tu abuelo, yo… Ángela…

Ángela. Justin se había olvidado por completo de ella. Le había abandonado, Nalí se la había llevado y lo había dejado solo. Pensó que estaría tranquila, creyendo que lo que había vivido no era más que una pesadilla, que no podía suceder en la realidad, que los vampiros no existían. También pensó que se habría olvidado de él, que no le importaba nada. En el hipotético caso en que ella pensara que ese mundo existía de verdad, no iba a volver a por él. Ángela estaba a salvo, ¿para qué iba a arriesgar su vida para salvar a una persona que apenas conocía? Ella estaba con sus padres, tranquila, en un lugar acogedor al lado de la chimenea, viendo una película o saliendo con sus amigos. Justin sonrió para sus adentros ante lo que acababa de pensar. Él era el único amigo que Ángela tenía. Se acababa de mudar a la urbanización, no conocía a nadie… a nadie salvo a él. El joven suspiró. Levantó la mirada y observó el inmenso castillo de roca que se alzaba ante sus pies. Tenía cuatro torreones formando su muralla exterior. Dentro se alzaban otros cuatro que se comunicaban con las otras por un puente de madera. Los torreones que estaban en el centro, formaban un castillo alto y oscuro. La fortaleza estaba compuesta por cuatro pisos y, en cada uno, había tres ventanas alargadas con un dibujo de rosas negras en el vidrio.